CUADERNOS
historia 16

Flandes contra Felipe II

J. Alcalá-Zamora, G. Parker, M. Fernández y A. Domínguez Ortiz



5

125 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: Las herejías medievales • 67: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 68: El reinado de Alfonso XII • 69: La Segunda Guerra Mundial (2) • 70: El nacimiento de Andalucía • 71: Los Olmecas • 72: La caída del Imperio Romano • 73: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: *Juan Tomás de Salas.*
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: *J. David Solar Cubillas.*
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: *Guillermo Llorente.*
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: *Madrid.* Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41, 28037 Madrid. Teléf. 407 27 00.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: *María del Carmen Nieto.* Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-78-9, *tomo I.*
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Retrato del Rey Felipe II, por Rubens

Indice

GUILLERMO de Nassau, príncipe de Orange, Cabeza indiscutible de la rebelión de los Países Bajos contra Felipe II, fue asesinado el 10 de julio de 1584 en su residencia de Delft por Baltasar Gérard, un borgoñón comprado por la recompensa española.

En este Cuaderno, *José Alcalá-Zamora describe la situación social y económica de las provincias de los Países Bajos en vísperas de la llegada de Felipe II al trono; Geoffrey Parker analiza los motivos de su enfrentamiento con la monarquía hispánica y sigue los primeros pasos de la* guerra de Flandes; *Manuel Fernández Alvarez traza un perfil biográfico del padre de la nación holandesa, y Antonio Domínguez Ortiz presenta aspectos poco conocidos de la actividad de los españoles en aquellas tierras.*

En vísperas de la revolución

Por José Alcalá-Zamora
Catedrático de Historia Moderna.
Universidad Complutense de Madrid

EN la séptima década del siglo XVI, hasta su desembocadura militar de 1568, se gesta uno de los procesos de mayor duración —ochenta años— y trascendencia de la historia europea: la revolución de los Países Bajos, culminada, aunque sólo a medias desde el punto de vista geográfico, en 1648.

A lo largo de esas fechas preliminares, según explica el profesor Parker en otro lugar del *Informe,* la autoridad de Felipe II y de sus representantes en Flandes se fue deteriorando conforme el despliegue revolucionario pasaba del descontento o las hostilidades personales e institucionales a la radicalización de posturas y toma de conciencia, a los motines, destrucciones y derramamientos de sangre, a la forja de programas y estrategias, sin que pudieran acordarse las razones e intereses de los unos y los otros.

Pero retrocedamos hasta situarnos en octubre de 1555, cuando el emperador Carlos V cede a su hijo Felipe la titularidad de los Países Bajos, medida que se completó en enero siguiente con la abdicación de la Corona de España y reino de Sicilia.

El heterogéneo y frágil edificio imperial, compuesto por el triángulo hispano-italo-alemán, se bifurcaba sobre el mapa europeo en la alianza dinástica de la Germania austriaca y la confederación de Estados que conocemos con el nombre de Monarquía Hispánica. Esta venía a constituir también, como recientemente ha sugerido el inglés Stradling, un sistema o complejo de imperios, dentro del cual los Países Bajos, por su posición y riqueza, ya que no por sus dimensiones, desempeñarían funciones esenciales en orden al despliegue, vertebración o supervivencia del conjunto.



Hasta que, a finales del siglo XVII, diversas circunstancias disminuyeron algunas de sus ventajas, las coordenadas geográficas de los Países Bajos deben calificarse de excepcionalmente favorables.

Situados sobre lo que entonces —y casi también hoy—, de Sicilia e Inglaterra, constituía la columna vertebral de Europa en términos demográficos, económicos, culturales y científicos, se asomaban, mediante larga y vigilante fachada al mar del Norte, encrucijada de los tráficos marítimos mundiales, donde se daban cita el Báltico y el Mediterráneo, el Indico y el Atlántico.

Con fáciles accesos terrestres y fluviales al traspaís germano, sólida y centralmente instaladas en el espacio europeo de más rápido progreso, compitiendo ya con la masa superior de los países mediterráneos, las provincias de Flandes aportaban a la monarquía de Felipe II una nada desdeñable participación en todas esas perspectivas.

Los Países Bajos abarcaban unos 75.000 kilómetros cuadrados, extensión que crecía paulatinamente gracias a las ya entonces tradicionales conquistas de tierras al mar.

Al Benelux actual habríamos de añadir algunas comarcas alemanas y buena porción de la Francia septentrional, restando, en cambio, el «pasillo» dibujado por el obispado de Lieja, sede de importantes manufacturas.

La fértil llanura al nivel del mar, regada por el curso bajo de ríos tan importantes como el Escalda, el Mosa o el Rhin, sólo se alza en la zona del Luxemburgo. Una incipiente red de canales contribuía a facilitar las comunicaciones interiores.

El paisaje, cuya vitalidad, no exenta de cierta melancolía, nos han conservado los cuadros de la escuela holandesa y bastantes pinturas del Museo del Prado, variaba a tenor de la geografía y de los cambios estacionales, tan influyentes a la sazón en las campañas militares.

Las comarcas ampliamente rurales del nordeste alternaban con los espacios de densa ocupación humana, como la provincia de Holanda o el con-

C. DE FRISIA ORIENTAL
GRONINGA
Groninga
FRISIA
Staveren
DRENTHE
OBISPADO DE MUNSTER
Lingen
Munster
MAR DEL NORTE
Norwich
ZUIDER ZEE
HOLANDA
Zwolle
OVERIJSSEL
Bentheim
Haarlem
Amsterdam
Leiden
La Haya
UTRECHT
Utrecht
GÜELDRES
Zutphen
Arnhem
Rotterdam
Nimega
Ravestein
Kleve
DUC. DE KLEVE
Bois-le-Duc
ZELANDA
Middelburg
Bergen-op-Zoom
ALTO GÜELDRES
Venlo
Dortmund
COND. DE MARK
DUCADO DE BRABANTE
Amberes
Ostende
Brujas
CONDADO DE FLANDES
Dunkerque
Gante
Calais (ing.)
Gravelinas
Malinas
OB. DE LIEJA
Hasselt
DUC. DE JULICH
Julich
ARZOB. DE COLONIA
Colonia
DUC. DE BERG
Ypres
Bruselas
Lovaina
Maastricht
Aquisgran
Boulogne
St. Omer
LIMBURGO
Lille
Lieja
Tournai
C. DE ARTOIS
CONDADO DE HAINAUT
Mons
Namur
1
2
Stavelot
Coblenza
Valenciennes
OBISP. DE TREVERIS
HESSE
Arrás
3
Cambrai
Cateau-Cambresis
Guisa
DUCADO DE LUXEMBURGO
Amiens
St. Quintín
Treveris
Bouillon
Mezières
Sedan
Luxemburgo
ELECT. DEL PALATINADO
REINO DE FRANCIA
Rethel
Thionville
Soissons
DUC. DE BAR
LORENA
Saarbrücken
Reims
OB. DE VERDUN
OB. DE METZ
Verdun
Metz

LOS PAISES BAJOS EN 1550


Posesiones de los Habsburgo


Tierras de la Iglesia

1 Condado de Namur

2 Abadía de Stavelot

3 Condado de Cambrai

dado de Flandes. El litoral y las famosas *Islas* de la Zelanda, protagonistas de una página importante de la rebelión contra España, ofrecían una personalidad muy vigorosa, con sus difíciles accesos a través de temibles bancos de arena y su padecimiento de las frecuentes cóleras del mar septentrional.

Corresponde a Carlos V, natural, como bien se sabe, de Gante, la responsabilidad de haber definido las fronteras y autonomía de los Países Bajos respecto a la estructura del Imperio germánico. Sucesivas incorporaciones territoriales establecieron en diecisiete el número de provincias de la Unión —viejos condados, obispados, ducados...—, redondeando y consolidando sus límites; por último, instrumentos como el Acuerdo de Augsburgo, de 1548, y la Pragmática Sanción, de 1549, proporcionaron al País Bajo personalidad estatal diferenciada.

Otras disposiciones anteriores (1531) habían constituido órganos de gobierno junto a los antiguos *Estados Particulares* y *Generales* (asambleas estamentales de cada provincia y del conjunto) y a la figura de los gobernadores o *estatúderes*. Eran los célebres *consejos colaterales* de *Estado* (para las cuestiones políticas), *Privado* (legislación y asuntos de justicia) y de *Finanzas*, cuya competencia se refería a los temas económicos.

Completaba la cumbre institucional el cargo de gobernador, equivalente al de virrey en otros dominios de la Monarquía, el oficio exterior de máxima envergadura bajo la dinastía habsburguesa.

A la altura de 1560, en una Europa de noventa

Felipe II (grabado de la época)



Abdicación de Carlos V en favor de su hijo Felipe II, octubre de 1555. Junto a él, su hermana doña María, gobernadora de los Países Bajos (grabado, Biblioteca de El Escorial)



millones de habitantes, cabe estimar la población de las diecisiete provincias en cerca de tres millones, cifra que el lector puede comparar con las pertenecientes, por las mismas fechas, a otros ámbitos geográficos: el reino de Castilla, unos cinco y medio; alrededor de ocho, la Península Ibérica, y doce la italiana, donde las posesiones españolas se acercaban a la mitad del total; dieciséis millones, Francia; uno, Suecia, y tres y medio, Inglaterra; Moscovia, tal vez doce, y quizá ocho las Indias Occidentales castellanas. Dentro de la linde de aquellos Países Bajos viven hoy treinta millones de almas.

La densidad demográfica del País Bajo, bien expresiva del desarrollo técnico y económico de la zona, se situaba en los niveles más elevados

Otras grandes urbes, a la escala de la época, cuando en Inglaterra, aparte de Londres, sólo aparecían dos o tres núcleos superiores a las diez mil almas, eran Gante, Brujas, Amsterdam —la heredera de Amberes—, Lille, Bruselas, en el orden de las treinta a cincuenta mil, Leyden, Haarlem..., algunas en la inercia de pasados esplendores, las demás en plena expansión.

Añadamos centros de cultura, como Lovaina, Leiden o Utrecht. Y con cifras modestas, pero enorme vitalidad, los puertos de Rotterdam, Flesinga, Middelburg, Ostende, Dunkerque...

Durante todo el siglo XVI, siempre en relación con la europea, la población de los Países Bajos sostuvo una alta tasa de crecimiento, que en algunas comarcas rozó el siete por mil anual y en promedio no descendió seguramente del cuatro por millar.



Ciudadanos de Amberes (detalle de un mapa de Civitates orbis terrarum, *siglo XVI)*

de Europa, aunque desigualmente repartida. Mientras en las provincias del nordeste —Frisia, Groninga, Drenthe, Overijssel—, de predominio rural y ganadero, y en el Luxemburgo apenas sobrepasaba el índice medio continental de los diez habitantes por kilómetro cuadrado, en las de Holanda, Brabante, Hainaut o Flandes, bajo el signo del componente urbano, como subraya el historiador Vries, se disparaba hacia los sesenta, ochenta, cien..., de modo que en menos de la mitad del territorio —auténtico motor histórico del mismo— se concentraban los dos tercios de la población.

Cerca de siete mil pueblos y trescientas ciudades, según destacara Guicciardini, salpicaban el paisaje. Sobresalía Amberes, metrópoli financiera del mundo, muy vinculada al negocio imperial español y víctima que sería temprana de la guerra que se iba a iniciar: su nombre figuraba entre la media docena de las aglomeraciones europeas que excedían de los cien mil habitantes.

En la segunda mitad del siglo XVI se manifestaron también tendencias muy nítidas hacia la concentración urbana. Si se considera que ya desde 1500 este sector demográfico superaba el 40 por 100 del total en Holanda y Flandes, advertiremos las profundas diferencias que en este particular distinguían a las *provincias* de la mayor parte de Europa, donde el predominio rural constituía la nota común.

Cambio y dinamismo social

Todo este progreso demográfico se explica por las mejores condiciones de vida y menor mortalidad catastrófica que en otras zonas, pese a crisis alimenticias como las de 1557 y 1566, inevitables todavía incluso en el privilegiado país, y asimismo por la alta natalidad, vinculada con certeza a matrimonios relativamente tempranos para la época, como solía suceder en períodos de prosperidad.



Cuando todavía el enfrentamiento armado entre el norte, *rebelde*, y el sur, español, no había escindido al País Bajo en dos ámbitos polarizados por el régimen político respectivo, hallamos en él un modelo de sociedad que podríamos resumir mediante los siguientes rasgos: primero, heterogeneidad, obedeciendo a un medio geográfico reducido, pero variado, y a las diferencias de intereses, lenguas y grupos; segundo, presencia de una crisis de transformación y crecimiento, con mutaciones de relieve; tercero, la actitud emprendedora y abierta a nuevos valores y horizontes.

Predominaba en Europa, con matices desde luego mucho más rígidos, arcaizantes y particulares hacia el este, la organización social que, siguiendo a Mousnier, calificaremos de *órdenes* o *estamental*. En ella convivían numerosos escalones jerárquicos, definidos tanto por una cobertura jurídica privativa como por una singularidad de valores y distribuidos en los estamentos mayores de pueblo y burguesía, nobleza y clero.

En el interior de esta estructura, no libre de algún prurito casticista, al modo indio, surge en el Occidente europeo una nueva forma de sociedad, la de clases, vertebrada en torno a la significación del factor económico como impulso y criterio estratificador y funcional.

Con una mayor o menor proporción de uno u otro modelo sociológico, y el ejemplo de las *provincias* de los Países Bajos se citaría en el extremo de vanguardia, los pueblos europeos de la época se nos manifiestan en formas mixtas, pero tendiendo a incrementarse poco a poco el influjo del segundo componente bajo la presión de las nuevas facetas adoptadas por el capitalismo.

En los Países Bajos, al comenzar el reinado de Felipe II, la entidad y el influjo de los grandes estamentos tradicionales, con su proyección en los negocios locales y nacionales, estaban experimentando modificaciones importantes.

La presión demográfica, la revuelta coyuntura económica, la competencia y oportunidades exteriores, el impacto múltiple de las frecuentes guerras, la intensa actividad política, polarizada por los programas de gobernantes emprendedores y escrupulosos, como Carlos y Felipe, el clima espiritual de las *reformas*, aún muy tenso, iluminado y beligerante, y la misma psicología agresiva de una Europa todavía joven y poco gastada en sus ideales heroicos y expansivos, eran factores todos que se conjugaban para ofrecer la imagen de una sociedad en equilibrio precario y sensible con facilidad a disyuntivas apocalípticas o, sencillamente, revolucionarias.

La Iglesia católica, cuyos altos rangos monopolizaba la aristocracia nobiliaria, había sido ya objeto de domesticación política por parte de Carlos V, quien de esta guisa se cobraba sus desvelos en pro de la causa papal.

Su influjo se hallaba, pues, bastante recortado cuando Felipe II decidió culminar el proceso carolino mediante su temprana —1559— y plausible reforma eclesiástica. Con ella pretendía, además de reafirmar su posición en los Estados Generales sumando representantes adictos, adaptar la administración clerical, con criterios de funcionalidad, a las auténticas necesidades pastorales, distribuyendo el poder religioso entre mayor número de cabezas y abriendo a simples estudiosos, procedentes de otras canteras sociales, el acceso a la jerarquía.

El subsiguiente conflicto de intereses, que sesgaría la carrera ministerial de un Granvela, produjo uno de los detonadores que intervinieron en los trastornos sobrevemidos en la década inmediata.

Nobles y burgueses

El estamento nobiliario, lo mismo en sus órdenes altos que en los bajos, y más aún en éstos, menos aptos para beneficiarse con las prebendas administrativas, aparecía muy castigado, como propietario y perceptor de rentas, por el ascenso, tan perceptible desde mediados de siglo, de la marea inflacionista que invadía Europa entera. Además, la competencia ejercida por letrados y burócratas de oficio en la pretensión de los cargos públicos amenazaba esa otra vertiente de su desahogo económico.

Una salida de la crisis vendrá representada por la adopción de conductas específicamente burguesas, iniciando negocios especulativos, comerciales o fabriles.

En otros supuestos, este sector, conservador por antonomasia, se comportará de modo paradójico, inhibiéndose ante los avances del calvinismo y los desórdenes populares, aproximándose a la muchedumbre de los descontentos. Incluso —y como se sabe no escasean los más sonoros apellidos— alzará el estandarte de la identidad y dignidad nacionales y de la libertad frente a la opresión y, poniéndose al frente de sus filas, como casta política y militar, procurará explotar en provecho propio la rebelión.

Componían el tercer estamento, popular y burgués, el más numeroso y diversificado, universitarios inquietos, intelectuales tolerantes en la estela de Erasmo, funcionarios, artesanos tal vez en paro por la crisis gremial o sectorial, técnicos y operarios de las nuevas fábricas, pequeños y medianos campesinos, grandes y modestos financieros, marineros con vocación de largas singladuras, pescadores del arenque o la ballena, piratas ocasionales que tan largo papel jugarán luego, clases acomodadas del viejo patriciado urbano, artistas, empresarios fabriles, etcétera, sin olvidar a los judíos hispano-lusos, de grandísima impronta en la historia posterior de Holanda.

El tercer estamento, al igual que los demás, se hallaba en trance de sufrir profundos cambios. En los estratos dirigentes, por ejemplo, se advertía el relevo del patriciado urbano por la nueva burgue-

Paisaje invernal con una trampa para pájaros, *por Pieter Brueghel el Joven,* siglo XVI

Dunkerque durante el siglo XVI *(detalle del* Civitates orbis terrarum)

cia capitalista, entregada, bajo el signo mercantilista del dinero, a empresas económicas ambiciosas y, simultáneamente, a la conquista de las administraciones municipales e instalación en los cuadros de funcionarios del Estado.

Por este sendero, el mismo que en otra acepción ya referida adoptara la nobleza, se llegaba con ella a una convergencia de objetivos en la búsqueda del poder como alianza hegemónica ansiosa de proteger sus prerrogativas frente al soberano.

Al otro extremo de la escala social, en duro contraste con la opulencia de las clases superiores y el bienestar de las medianas, aumentaba el volumen del proletariado indus-

Vistas de Amsterdam (arriba) *y de Utrecht* (abajo) *en el siglo* XVI

trial —el término periódico— 1907— y el ejército de los mendigos y vagabundos.

Los *gueux*, miserables o indigentes —quizá andrajosos en traducción libre— estuvieron de *moda* algún tiempo en los círculos acomodados, como símbolos vivos de protesta y libertad, y derivaron con frecuencia hacia el bandolerismo más cruel, en los bosques, o la piratería, por la mar.

En cuanto al clima religioso del momento histórico, asistimos a los espectaculares progresos del calvinismo que, merced a la oferta de una ideología atractiva para los sectores burgueses y bien organizado en su pro-



selitismo, triunfa donde los luteranos habían obtenido limitado eco y el anabaptismo, anarquizante y apocalíptico, había sido reducido por la dura represión del poder y el rechazo de los grupos dominantes.

Sobre todo en las zonas industriales y núcleos urbanos, los éxitos de la religión de Calvino eran evidentes: sólo, por ejemplo, Amberes, objetivo del asalto español en 1585, daba refugio a unos veinte mil de sus adeptos. Por el contrario, las comarcas rurales permanecían en su mayoría fieles al catolicismo.

Entre los significados fundamentales que singularizan el desarrollo histórico de la Edad Moderna destaca el lento pero imprescindible progreso hacia la Revolución industrial.

Economía próspera y expansiva

Los Países Bajos, adelantados de Europa en este terreno, cumplieron una de las más tempranas y necesarias etapas de dicho proceso, de modo muy específico en la centuria larga que discurre de mediados del Quinientos a fechas similares del XVII, coincidiendo, no huelga recordarlo, con la plenitud de la Monarquía Hispánica y el siglo mayor de la cultura castellana.

La pujanza económica de los Países Bajos no tuvo origen en la riqueza o extensión del territorio, ni en las dimensiones del mercado propio o colonial, ni tampoco en bases políticas o tecnológicas dominantes, aunque después las provincias *rebeldes* explotasen, de una u otra manera, esas perspectivas.

Prescindiendo, como ya subrayé, de su afortunada ubicación respecto a Europa y al mundo, sólo en uno de los factores productivos esenciales, al que hoy por cierto estamos bien sensibilizados, la energía, superaba con amplitud el País Bajo a las demás naciones.

En efecto, la explotación del carbón mineral para usos caloríficos, domésticos o industriales y la extraordinaria abundancia de molinos de agua (cinco Hp. cada uno en promedio) y viento (hasta quince Hp.) suministraban el precioso recurso en órdenes de valor desconocidos hasta entonces.

Los molinos de viento, en particular, se difundieron extensamente y perfeccionaron de mil modos durante toda la primera mitad del XVI, haciéndose inherentes al paisaje como en ninguna otra parte de Europa y aplicándose a los fines más diversos, desde la desecación de marismas y saneamiento de terrenos o la fábrica de harinas, aceite y papel hasta las serrerías de madera, tan importantes para la construcción, talleres y astilleros en un mundo escaso de metales, pasando por múltiples aplicaciones de prensado y metalúrgicas.

Respuestas a una crisis

El prodigioso desarrollo productivo de los Países Bajos fue, por consiguiente, fruto principal de las iniciativas individuales opuestas al talante corporativo de los gremios y a la acción intervencionista del Estado.

La tenacidad, la capacidad de trabajo y el espíritu de organización y empresa de sus habitantes, situaron a las *provincias* al frente de Europa en adelanto económico y renta per cápita. Debido a ello, la mitad escasa del país, Holanda se mantuvo como primera potencia europea desde el fracaso de la Armada Invencible en Inglaterra (1588) hasta el último tercio del XVII, en rivalidad con España y luego con Francia e Inglaterra.

En apariencia, la coyuntura o circunstancias económicas concurrentes en el País Bajo durante la etapa que precedió a la llegada del duque de Alba no eran las más propicias.

Ciudadanos de Amberes (detalle de un grabado de Civitates orbis terrarum, *siglo XVI)*



El impacto inflacionista sembraba trastornos e incertidumbre, la competencia de paños finos ingleses había desplazado a la producción flamenca, arruinando talleres y ciudades enteras, y proseguía la batalla favorable pero encarnizada contra los hanseáticos por el monopolio del tráfico marítimo septentrional.

La radicalización religiosa se sumaba a los desajustes sociales, con inquietantes masas de vagabundos y mendigos pululando por campos y ciudades y la crisis de subsistencias, tradicional respuesta maltusiana al crecimiento de la pobla-



ción, se había presentado dramáticamente en dos recientes ocasiones.

Además, la guerra resultó demasiado onerosa en sangre e impuestos durante las últimas campañas (1557-58), la factura cobrada por la catástrofe financiera del Estado español en 1557 merecía un diagnóstico alarmante y el cambio de gobierno a manos de Felipe, a la vez menos propio y exigente, no contribuía tampoco a serenar los ánimos.

Antes que halagüeñas, y sin adivinar aún la inminente guerra intestina, las expectativas se antojaban sombrías.

Pese a tales contrariedades, el pueblo de los Países Bajos supo hallar las respuestas adecuadas al desafío que le oponía la encrucijada histórica en la reconversión de manufacturas, en nuevas empresas, mercados y objetivos, en los cambios precisos de estructura social y mentalidades.

La economía se enderezó sobre bases tan sólidas que la terrible guerra iniciada en 1568 no pudo arruinarla, como hubiera sido lógico, y sólo alcanzó a sesgar sus actividades y emplazamientos y a disminuir su potencial ritmo expansivo.

Comercio e industria

La prosperidad de las diecisiete provincias reconocía como primer fundamento la excelente organización del mercado, lo mismo el de productos que el de capitales, favorecidos ambos por el desarrollo urbanístico y la continua mejora de los transportes.

El dinero, que se prestaba a comienzos de la centuria con intereses del 20 por 100 y 30 por 100, medio siglo después sólo costaba del 8 al 10 por 100. Paralelamente se agilizaron los procedimientos financieros y las operaciones de inversión en el campo, la industria o el comercio se facilitaron mucho.

La agricultura, donde abundaban los pequeños propietarios y cuyos rendimientos cerealísticos casi triplicaban a los europeos, derivó hacia la diversificación e intensificación de cultivos, incorporando técnicas de abonado, saneamiento y comercialización. Esto, unido al establecimiento de empresas como las granjas lecheras, significó un avance que la mayor parte del continente no conoció hasta varios siglos más tarde.

Los hilos del tráfico y de las finanzas mundiales se centralizaban en Amberes, cuyo comercio casi cuadruplicaba las rentas de la Corona de Castilla, repartido por partes iguales entre la Península Ibérica, Italia, el Báltico, Inglaterra y Francia con Alemania. A través del largo brazo del Escalda llegaban las mercancías del Indico portugués, del Báltico —exportador de productos de los que dependía la navegación oceánica de los europeos—, del Mediterráneo, de las Indias Occidentales...

La ciudad, donde residían trescientos mercaderes españoles en 1560, era el barómetro de los banqueros italianos y alemanes, la última referencia de las cotizaciones y de las ferias principales del continente, el eco atento de las conversaciones de Estado de la Corte española.

La flota mercante de las provincias era ya la primera de Europa y con la española, segunda, triplicaba el tonelaje de la Hansa o de Francia e Inglaterra unidas.

Criadero de espléndidos marinos por el litoral de Holanda, Flandes y Zelanda, también el sector pesquero alcanzaba volumen hegemónico en sus diversas especialidades, abasteciendo a una poderosa industria de salazones, proyectada hacia la Germania y más países.

Prosiguiendo con el tema de la industria, digamos que ésta se había casi liberado de los sobresaltos que en otras regiones imponían a las manufacturas las oscilaciones de la producción agrícola y, con un excelente índice de aceptación extranjera, evidenciaba altas cotas de desarrollo, calidad y expansión en sus diversas actividades, asentadas por ahora con preferencia en las provincias meridionales.

Sobresalía el sector textil, y en él la fabricación de paños, que aprovechaban las lanas de Castilla, siguiendo una vigorosa tradición medieval que truncaría la guerra.

Dos innovaciones decisivas acababan de permitir la corrección del rumbo perdido en la competencia con los ingleses: el giro hacia la pañería ligera o *nueva*, que hizo la fortuna de Hondschoote —el gigante europeo—, de Armentières, Ypres, Bergues, Lille, Valenciennes..., y la victoria sobre la organización gremial mediante el *sistema* fabril y el doméstico, que distribuía la materia prima entre una muchedumbre de operarios dispersos, cuya labor luego comercializaba.

Las tapicerías, los talleres metalúrgicos, las fábricas de armas de fuego..., constituían, con la extracción de carbón y, naturalmente, los astilleros, los ramos de mayor envergadura y empleo de mano de obra.

En el enclave de Lieja —vértice, con Hondschoote y Amberes, del triángulo capital de la economía flamenca— creció la industria de armamento pesado con el desarrollo de la nueva siderurgia de altos hornos que, medio siglo más tarde, pasó desde allí a España, como he documentado en otro lugar.

De menor cuantía, pero siempre remuneradoras y prestigiosas, eran las elaboraciones de encajes, tonelería, cerveza —Haarlem—, vidrios, papel, pólvora, etcétera.

¿Un conflicto inevitable?

Tras el análisis expositivo, preguntas para el lector español, con un esbozo de respuesta.

¿Era viable la unión hispanoflamenca en el sistema imperial de la *Monarquía* filipina o había un vicio de imposible subsaneamiento en la artificialidad y discontinuidad geográfica de su arquitectura?





Alejandro Farnesio, duque de Parma (por O. Vaenius, Real Museo de Bélgica)

Gran duque de Alba (por Tiziano, palacio de Liria, Madrid)

Saqueo de Amberes por los tercios españoles, 4 de noviembre de 1576 (grabado del siglo XVI, Biblioteca Nacional, París)

¿Fue inevitable el conflicto, que acabó desmoronando el poderío español y empujando a Holanda por el resbaladero del declive para beneficio de otras potencias herederas?

¿No hubiera sido mayor el mismo progreso holandés en la hipotética (*) simbiosis con España que malograron, tal vez, la corta flexibilidad, comprensión y oportunismo de Felipe II y la radicalización de las posiciones revolucionarias, forzando el enfrentamiento desafortunado?

¿Cómo hubiera evolucionado la historia y qué clase de mundo —el que entonces se estaba organizando sobre el modelo europeo— hubiera surgido bajo la hegemonía iberoflamenca en lugar de británica?

Buena parte de la historiografía extranjera ha zanjado desde hace mucho tiempo la cuestión, otorgando todos los títulos de progreso, justicia y liberación al movimiento secesionista de las Provincias Unidas y, correlativamente, a la *Monarquía* filipina el papel reaccionario, opresor, cruel y obstruccionista en el proceso.

En España, esta tierra generosa que abre oídos y alza monumentos a quienes le fueron hostiles y quizá no a los que, con razón o sin ella, defendieron su política o intereses, especialistas y aficionados han preferido marginar el tema o juzgarlo desde trincheras indocumentadas o provincianas y cicateras.

El hecho es que las fuerzas y objetivos de los Países Bajos y de la Península Ibérica se nos revelan complementarios en grado máximo. y que la ruptura perjudicó a ambas partes, sin que puedan establecerse con nitidez las cuotas de responsabilidad de cada cual, ni demostrar que el ascenso de las razones de la libertad y del progreso no hubieran podido prosperar mejor en un clima de entendimiento y concesiones que en un teatro de violencia y guerra civil.

Finalmente, no olvidemos que España se vio arrastrada a la guerra de Flandes, donde, aparte de razones religiosas, patrimoniales, dinásticas y de dignidad, defendía también argumentos de supervivencia económica y política y la integridad del imperio ultramarino y la propia unión, tan frágil siempre, de los pueblos ibéricos, valores amenazados con certidumbre, no quepa duda, más allá de la dialéctica revolucionaria, por las ambiciones expansivas de la burguesía de los países septentrionales.

(*) Esta indagación de futuros hipotéticos o alternativos en tiempo pasado, interesante para la adecuada valoración de la política pretérita, puede antojársele a alguien ejercicio ocioso o frívolo; pero consideremos que las más rigurosas ciencias sociales aplican hoy métodos similares con la teoría de los juegos, y en la misma disciplina histórica ha arraigado el procedimiento, por ejemplo, en la más *sofisticada* y matemática de las escuelas de investigación económica, la New Economic History.

Jaque a Felipe II

Por Geoffrey Parker
Profesor de Historia Moderna.
Universidad de St. Andrews, Escocia

LA rebelión de los Países Bajos en el siglo XVI duró más que ninguna otra en la historia europea y provocó una larga guerra cuyas repercusiones sobre la población civil fueron superiores a las de cualquier conflicto bélico anterior.

Los enfrentamientos por tierra y mar que, a partir de 1590, se produjeron tanto en Europa como en Africa, Asia y América pueden considerarse, en cierto sentido, la *primera guerra mundial* y sirvieron para confirmar definitivamente la independencia del Gobierno español de las Provincias Unidas del Norte.

La república holandesa, nacida tras la destitución de Felipe II en 1581, pervivió durante dos siglos hasta su destrucción por los ejércitos de la Revolución francesa en 1795.

En general, los historiadores se han acercado a estos graves acontecimientos con la óptica de los victoriosos rebeldes y han intentado explicarse por qué triunfaron los holandeses. Pero esa es sólo una parte de la historia.

Resulta igualmente necesario e interesante explicar por qué fracasó España, por qué el mayor Imperio del mundo, con posesiones que circundaban el globo, no pudo dominar la rebelión de unas pequeñas y remotas provincias.

Como escribió en 1617 el magistrado C. P. Hoof: *Nuestros orígenes fueron modestos e insignificantes. Comparados con el rey de España éramos como un ratón contra un elefante.*

Preludio

Desde luego, los orígenes parecen *muy insignificantes* si suponemos que los grandes acontecimientos responden siempre a causas importantes. Pero en la historia no ocurre así. De hecho, la revuelta empezó por pequeños errores



de cálculo y agravios de escasa importancia que no fueron controlados debidamente.

Quizá fue inevitable. A comienzos de la Edad Moderna, los Países Bajos no eran un país fácil de gobernar. Como ya observó un español en 1575: *en las historias* (se lee) *que ha havido 35 rebeliones* (en estas provincias) *contra sus príncipes naturales* y, más aún que las provincias *han quedado de cada una dellas mucho más insolentes que antes*.

En 1559, sin embargo, hacía veinte años que no se producían problemas, y así podría haber continuado la situación si aquel año Felipe II no hubiera decidido introducir ciertos cambios en el gobierno.

En primer lugar, ordenó el estacionamiento de una guarnición de 3.000 soldados españoles en las fortalezas de los Países Bajos. Luego decretó una reorganización radical de la estructura eclesiástica del país que suponía la creación de catorce nuevos obispados, y, por último, estableció inquisidores en cada una de las nuevas sedes para perseguir la herejía con mayor eficacia.

Si el rey hubiera permanecido en Bruselas para supervisar la puesta en marcha de esta nueva política quizá todo hubiera funcionado bien. Sin embargo, volvió a España y dejó el gobierno en manos de un consejo presidido por Antoine Perrenot, obispo de Arrás (desde 1561 conocido como Cardenal Granvela), al que nombró su ministro principal en los Países Bajos.

En realidad, Granvela parecía el *único* ministro de Felipe II en los Países Bajos. Sólo con él discutía de política, patronazgo y poder el monarca, mientras ignoraba a los demás consejeros.

Esta exclusión de sus líderes naturales colocó a los Países Bajos en la pendiente de la rebelión. Diversos nobles se consideraban con tanto derecho como Granvela para ser consultados por el rey.

Tres de ellos, consejeros de Estado, estaban especialmente resentidos. Eran Philippe de Montmorency, conde de Horn (nacido en 1524 y durante algún tiempo representante del gobierno de Bruselas en la corte de Felipe II); Lamoral, conde de Egmont (nacido en 1523 y brillante jefe militar), y el joven Guillermo de Nassau, príncipe de Orange (nacido en Alemania en 1533, pero llevado a la corte de Carlos V cuando, en 1544, heredó extensos dominios y gran fortuna, además del principado independiente de Orange, en la Francia meridional).

Al principio, estos nobles y sus partidarios demostraron su hostilidad al sistema de Felipe II, concentrándose en unos objetivos limitados, y el método resultó eficaz.

En 1560-61 forzaron al rey a retirar las guarniciones españolas en los Países Bajos. En 1562-63 paralizaron la organización de los nuevos obispados y el trabajo de los inquisidores. En 1563-64 consiguieron que Felipe II retirase al cardenal Granvela.

La caída de un primer ministro en el siglo XVI constituía un suceso mucho más singular e importante que en nuestro días. ¿Por qué la permitió el rey?

La clave de la situación estaba en la ofensiva turca en el Mediterráneo. En 1560, los turcos capturaron una gran fuerza española en Djerba, y en 1563 casi tomaron Orán. Felipe II se vio forzado a concentrar todos sus recursos y toda su atención en la defensa del Mediterráneo, aunque ello comportase concesiones inadmisibles en los Países Bajos.

Los nobles de Bruselas conocían perfectamente su ventaja. Recibían correspondencia regular de sus correligionarios en Madrid, que les informaban de cada nuevo ataque turco. Esto les permitía responder adecuadamente y presentar sus demandas en los momentos más inconvenientes para el rey.

La amenaza turca no cesó tras la destitución de Granvela. Por el contrario, en 1565, la flota otomana puso sitio a Malta y, en 1566, los turcos lanzaron un nuevo ataque masivo hacia el oeste.

De nuevo los líderes de los Países Bajos recibieron información y la utilizaron con inmejorables resultados. Mientras duró el peligro, presionaron al rey para que suspendiera las leyes contra la herejía. Por fin, en julio de 1566, el monarca aceptó levantar todas las órdenes de persecución contra sus súbditos neerlandeses por motivos religiosos.

Los motivos de los nobles —dirigidos todavía por Egmont, Horn y Orange— para proteger con tanto celo al protestantismo no están demasiado claros. Efectivamente, en 1561, Orange se casó con una princesa luterana, Ana de Sajonia, pero no existen evidencias de que él o alguno de sus compañeros del Consejo de Estado practicaran el protestantismo. Sin embargo, sí lo hacían partidarios suyos.

La primera revuelta

Por un lado, numerosos miembros de la baja nobleza se convirtieron al calvinismo en la década de los sesenta. Por otro, muchos magistrados municipales, amargamente resentidos por las interferencias de la Inquisición en sus asuntos locales, sentían horror a la desagradable misión de quemar en la hoguera a los condenados por el Santo Oficio.

Como estos personajes políticos de menor categoría habían secundado sin reservas la pugna de los nobles por el poder, exigieron en recompensa un mayor grado de tolerancia religiosa. Los nobles no tenían otra opción que concederla. De no aceptar el programa de sus partidarios se verían privados de su apoyo de base.

Con todo, la introducción de la tolerancia reli-



giosa originó nuevos problemas que los nobles fueron incapaces de solucionar.

En abril de 1566, y en contra del parecer de Egmont, Horn y Orange, una tropa de 400 hombres armados presentó una solicitud de tolerancia al gobierno de Bruselas.

Desde ese momento, los edictos de herejía fueron letra muerta y los protestantes que vivían en el exilio comenzaron a retornar. A fines de la primavera y comienzos del verano se organizaban ya servicios religiosos protestantes al aire libre con tal asistencia de público que era imposible controlar a las masas.

En agosto, dirigidos por sus predicadores calvinistas, pequeños grupos de protestantes se dedicaron a destruir las estatuas religiosas que había en las principales iglesias. Después celebraban sus cultos protestantes en esos locales *purificados*. En muchos lugares, los súbditos católicos del rey se quedaron sin ningún local apropiado para sus liturgias.

Cuando el gobierno decidió recurrir a la fuerza para restaurar el orden, los protestantes anunciaron que los calvinistas franceses y alemanes les habían prometido ayuda militar en caso de apuro.

El 29 de agosto de 1566, en una carta desesperada, el gobierno de Bruselas informó al rey que la mitad de toda la población de los Países Bajos estaba *infectada por la herejía* y que cerca de 200.000 hombres se habían levantado en armas para destruir a la Iglesia católica.

En este contexto de aparente anarquía y rebelión generalizada debe enmarcarse la funesta y tan criticada decisión de Felipe II de reprimir la revuelta por la fuerza. Para cualquier observador imparcial de la época resultaba evidente que el reto directo contra la autoridad real requería una firme respuesta, so pena de provocar una oposición similar en otros dominios de la Monarquía Hispánica.

Muy oportunamente, en aquel justo momento, cedió la amenaza turca. La muerte del poderoso sultán Suleiman en septiembre de 1566 permitió a España redistribuir las fuerzas destinadas hasta entonces a la defensa del Mediterráneo.

Así, un ejército de 10.000 veteranos españoles recibió órdenes de marchar desde Lombardía a los Países Bajos para restaurar el poder real. La expedición, al mando del duque de Alba, uno de los más prestigiosos generales españoles, partió en abril de 1567 y llegó a Bruselas en agosto.

El nuevo gobernador no perdió el tiempo negociando con los disidentes. Egmont, Horn y 1.200 de los suyos fueron detenidos por traición, y cerca de un millar, incluidos ambos condes, condenados a la pena capital. Sin embargo, muchos implicados en las revueltas, entre los que se encontraba Guillermo de Orange, consiguieron huir.

En abril de 1568, confiando en que la impopularidad de los españoles provocaría un levantamiento general, Orange y sus partidarios invadieron los Países Bajos.

La intentona se saldó con un fracaso total. Ni una ciudad ni un solo noble se sumó a los rebeldes, mientras el príncipe gastaba todo su dinero y perdía a muchos amigos.

Si Alba hubiera administrado su victoria con magnanimidad, quizá hoy se recordaría a Guillermo de Orange como un revolucionario frustrado y no como el padre de una nación.

La segunda revuelta

Pero el duque había recibido instrucciones precisas del rey para poner en práctica aquellas medidas políticas diseñadas en 1559 y posteriormente abandonadas.

Las guarniciones españolas, ahora integradas por 10.000 hombres, se instalaron en bases permanentes. El nuevo sistema de obispados, incluyendo los inquisidores, se hizo operativo y las leyes contra la herejía recobraron todo su vigor.

Pero la cosa no acabó aquí. El duque modificó completamente la estructura legal y fiscal de los Países Bajos. Los códigos civiles y penales de las distintas provincias fueron revisados y unificados y se introdujeron leyes italianas y españolas para administrar el nuevo sistema.

Paralelamente, se arbitraron nuevos y gravosos impuestos para mantener a los tercios y acabar con la dependencia financiera de los Países Bajos sobre España. Era una decisión impopular, pero el rey insistió: en 1570, los turcos habían invadido la isla veneciana de Chipre y el protectorado español de Túnez. De nuevo, todos los recursos de Felipe II se empeñaban en la defensa del Mediterráneo.

En octubre de 1571, la flota cristiana, financiada en su mayor parte por España, destrozó a la Marina turca en la batalla de Lepanto. Pero esa victoria no sirvió para reducir la impopularidad del régimen del duque de Alba en los Países Bajos, donde 1571 tan sólo había producido epidemias, inundaciones, desempleo y aumento de tributos.

En aquellos momentos, unos 60.000 neerlandeses vivían exiliados, y Orange decidió aprovechar el descontento general para intentar otro ataque.

En la primavera de 1572, contando con cierto apoyo de gobernantes extranjeros, temerosos del poder del duque de Alba, los exiliados lanzaron cuatro invasiones en los Países Bajos. Confiaban en que por lo menos una pudiera prosperar mientras los españoles se enfrentaban a las otras, y, en esta ocasión, la estrategia resultó acertada. Mientras el duque de Alba luchaba en el sur, las provincias nororientales (Frisia y Drenthe) y las noroccidentales (Holanda y Zelanda) fueron conquistadas por las fuerzas rebeldes en nombre de Orange.



LA REBELION DE LOS PAISES BAJOS

- Primera campaña de Guillermo de Orange, 1568
- Ciudades sublevadas contra los españoles, 1572
- Campañas del duque de Alba, 1572-74
- Territorio de los rebeldes holandeses en 1575
- Territorios españoles en 1578
- Unión de Arrás, 1579
- Unión de Utrecht, 1579
- Gante: ciudades adheridas a la Unión de Utrecht
- Conquistas de Alejandro Farnesio, 1578-87
- Territorio de los Estados Generales en 1587

Como se sabe, una vez pacificado el sur, el duque de Alba pudo reconquistar el nordeste con facilidad. Sin embargo, Holanda y Zelanda resistieron.

La clave de la situación era la geografía militar. En la década de 1540, las principales ciudades de la costa holandesa habían sido fortificadas para protegerse de un ataque francés por mar. Una de estas ciudades, en protesta por el régimen del duque de Alba, había admitido fuerzas rebeldes en la primavera y el verano de 1572, demostrando que sus nuevas defensas servían con la misma eficiencia contra el gobierno que las había construido.

Aunque, con el tiempo, cada ciudad podía ser obligada a rendirse por inanición, como ocurrió con Haarlem tras un asedio de seis meses en 1573, este hecho permitió la rebelión frontal de muchas otras, tal como lamentaba en 1574 el sucesor del duque de Alba, Luis de Requesens:

Reducir por fuerza 24 villas que hay rebeladas en Holanda, tardándose en cada una dellas lo que hasta aquí se ha tardado en las que por este camino se han reducido, no hay tiempo ni hacienda en el mundo que baste.

La hacienda se había convertido en la llave de la victoria en los Países Bajos. Para reducir a las ciudades rebeldes y controlar a un tiempo las ya reconquistadas, se necesitaba un ejército de 80.000 hombres. Y el coste de manutención de una fuerza de ese tamaño superaba incluso los recursos disponibles de un rey como Felipe II, *el hombre más rico de la cristiandad.*

El pago a las tropas empezó a retrasarse: tres meses, seis meses, un año. En 1573 se produjeron amenazas de motín y en 1574 todos los tercios españoles se negaron a seguir combatiendo si no cobraban su soldada, y tomaron la ciudad de Amberes como rehén para forzar un acuerdo.

La tercera revuelta

Pero en septiembre de 1575, después de una lucha demasiado larga en dos frentes —el Mediterráneo y los Países Bajos—, Felipe II estaba en bancarrota. Sus ingresos estaban hipotecados y los acreedores se negaban a facilitar nuevos créditos.

Cuando los rebeldes holandeses tuvieron noticia del decreto de bancarrota, el regocijo fue grande. No cabía la menor duda de que se avecinaba un nuevo motín de los tercios, pues sus soldadas no podrían pagarse. Requesens anotó sombríamente:

Aunque el Rey se hallase con 10 millones de oro, y los quisiera embiar aqui, no tiene forma de hazerlo...; porque si lo invia de contado por mar, viene perdido; y por cedulas (de crédito) como hasta aqui es imposible, porque ni alla queda mercader que pueda darlar, ni aca ay quien las acepte.

Así, nadie se sorprendió cuando, en junio de 1576, las tropas volvieron a amotinarse por su paga. Al principio establecieron su base en la ciudad de Alost, y en noviembre se trasladaron a Amberes. Ambas ciudades fueron brutalmente saqueadas tras su conquista.

Sin embargo, no fue la acción de los españoles la que sorprendió a los contemporáneos, sino la reacción de los neerlandeses. En marzo de 1576 había muerto Requesens, el gobernador real, y nadie llegó para reemplazarle.

Por esta razón, mientras aumentaba la inquietud y el tono amenazante de las fuerzas españolas, las provincias del sur



Guillermo de Nassau, príncipe de Orange



—antes leales al rey— comenzaron a reclutar tropas para su propia defensa.

Tras el saqueo de Alost, en julio, los líderes políticos del sur empezaron a discutir la mejor forma de protegerse de los amotinados. Naturalmente, pensaron en las tropas del príncipe de Orange, que habían defendido con éxito Holanda y Zelanda durante cuatro años.

Para octubre, las provincias rebeldes y las leales habían arbitrado una fórmula de colaboración, y el saqueo de Amberes del 4 de noviembre, en el que perecieron 8.000 vecinos y se destruyeron más de 1.000 casas, lanzó a ambos bandos contra los amotinados.

Como pasaban los meses y los tercios seguían aterrorizando al país, representantes de casi todas las provincias se reunieron en una asamblea en Bruselas.

Guillermo de Orange, que presidía la delegación de Holanda y Zelanda, fue consolidando gradualmente su liderazgo. Desde 1572 había sido tan sólo el jefe de dos provincias sitiadas que luchaban por sobrevivir hasta que las fuerzas oponentes desfallecieran por agotamiento. Ahora, sin embargo, podía moldear el destino de tres millones de personas dirigiendo una peligrosa campaña contra Felipe II para forzarle a conceder medidas de tolerancia religiosa y cierto grado de autonomía política.

Al principio le acompañó un éxito considerable. En mayo de 1577, el rey se avino a retirar todas las tropas españolas de los Países Bajos y permitió una amplia discusión sobre el futuro gobierno de las provincias.

Los Países Bajos, divididos

Pero a finales de ese mismo año, el rey cambió de opinión. Hizo volver a los soldados españoles y retiró las concesiones religiosas. Orange fue insultado no sólo por los realistas (que en estos momentos no eran muchos), sino también por los calvinistas.

En la provincia de Flandes, extremistas protestantes repitieron las prácticas destructoras de 1566, rompieron imágenes y ocuparon las iglesias para su propio uso.

Orange estaba horrorizado, pero parecía incapaz de controlar la furia dogmática de sus aliados, aunque comprendiera que esas acciones le estaban enajenando el apoyo de los católicos de su partido.

Los realistas, dirigidos desde octubre de 1578 por el sobrino del rey, Alejandro Farnesio, duque de Parma, supieron sacar partido a las peleas de sus oponentes y convencieron a los asustados católicos para que firmaran la paz por separado y unieran sus fuerzas a las de Parma.

Empezaba ahora la verdadera reconquista de las provincias rebeldes. Alejandro Farnesio dirigió una brillante campaña, utilizando la fuerza y el soborno para mejorar su posición. Pronto los católicos escasearon en el bando de los rebeldes, y se dudaba de la lealtad de los que permanecían en sus filas.

En 1578 y en 1581, un ejército francés al mando del duque de Anjou, hermano del rey de Francia, intervino en ayuda de los rebeldes. En la segunda ocasión, el duque fue incluso reconocido como *príncipe y señor de los Países Bajos* y se repudió a Felipe II. Pero sin ningún éxito. Los que todavía aceptaban al monarca español seguían avanzando. En 1583, Anjou y los franceses regresaron a su país, y en junio de 1584 murió el duque.

Se proyectó ofrecer a Guillermo de Orange la dignidad suprema, pero en julio de 1584 el príncipe también murió, asesinado por orden de Felipe II. La revuelta quedaba descabezada.

Tuvo que pasar todo un año para que la reina Isabel de Inglaterra, alarmada por las conquistas de Flandes y Brabante por Alejandro Farnesio, proporcionara el vital apoyo militar y financiero que, al fin, frenó el avance español.

¿Qué consiguieron entonces los rebeldes bajo el liderazgo de Guillermo de Orange? Mucho en algunos aspectos. Mantuvieron con éxito considerable, durante doce años, su enfrentamiento a Felipe II y se las ingeniaron para conseguir el apoyo esencial de Francia e Inglaterra. España se vio obligada a gastar montañas de dinero y miles de vidas humanas para sofocar la rebelión, y fracasó.

A pesar de ello, Orange presidía en 1584 una coalición cada vez más desmoralizada. Muchos rebeldes deseaban abiertamente la paz con España, otros querían formar parte de Francia e incluso había quienes se preparaban para convertirse en súbditos de la reina de Inglaterra.

El coste de la resistencia resultaba también insoportable. Las tropas de los rebeldes eran casi tan levantiscas como las españolas a causa de sus soldadas.

Fue la decisión de Felipe II de diversificar sus fuerzas, primero contra Inglaterra (campaña de la Armada Invencible, 1587-88) y después contra Enrique IV de Francia (1589-98), la que permitió a los holandeses consolidar su posición.

Durante los años posteriores a 1590, el gobierno de la república fue reestructurado, aumentó el comercio y la industria y se aseguraron las fronteras. Pero todo eso ocurrió varios años después del asesinato del príncipe de Orange.

Guillermo fue el líder que mantuvo la resistencia durante los amargos días de la derrota, mas no organizó la nación para la victoria. Utilizando una imagen bíblica, tan cara a los escritores del siglo XVI, el príncipe de Orange fue el Moisés que guió a su pueblo a la tierra prometida, pero no se le permitió entrar en ella. Nunca llegó a encarnar el papel de Josué.

Guillermo de Orange

Por Manuel Fernández Alvarez
Catedrático de Historia Moderna.
Universidad de Salamanca

¿COMO era Guillermo de Orange? Está claro que aquí lo que cuenta, antes que una descripción física, es plantear su carácter y su formación; si se quiere, su ideología.

De todas formas, fue hombre de frente despejada, nariz aguileña, mentón prominente y mirada reflexiva; así lo presentan el grabado de J. Wierix, en la Biblioteca Real de Bruselas, y el cuadro de Mierevelt, en el Museo de La Haya.

Guillermo de Orange nació el 25 de abril de 1533, en Dillenburg (Alemania), hijo de Guillermo de Nassau-Dillenburg y, como tal, heredero de una de las casas más importantes de los Países Bajos, cuyas posesiones penetraban en Alemania.

Su padre se había convertido al luteranismo, pero consintió que su hijo se educara en la Corte de Carlos V y, por tanto, que recibiera una formación católica, en la Corte de María de Hungría, la hermana del emperador y su gobernadora de los Países Bajos.



Guillermo de Nassau, príncipe de Orange (Rijksmuseum, Amsterdam)

No cabe duda, por tanto, de que Carlos V valoró desde un principio lo que suponía atraerse aquel linaje; de la nueva generación, el noble más destacado por el César fue Guillermo de Orange, de tal forma que a los veinte años recibió el mando de un ejército para defender a los Países Bajos de los ataques de Enrique II.

Más significativo resulta que cuando Carlos V penetró en la sala donde estaban reunidos los Estados Generales —convocados para asistir a la abdicación imperial, en Bruselas, el año 1555—, quiso hacerlo apoyándose en el brazo de Guillermo de Orange, como si previera que el joven príncipe iba a ser la figura clave para la conservación de los Países Bajos por España.

La protección que Carlos V dispensó a Guillermo de Orange se puso también de manifiesto en otros hechos. En 1550 —cuando Guillermo de Orange contaba diecisiete años—, Carlos V promovió su boda con Ana de Egmont, la hija y heredera de uno de los personajes más allegados al emperador: el conde Maximiliano de Buren.

El propio Felipe II le dispensó también su favor en los primeros años de su reinado: le vemos entre el escogido grupo que había de negociar la paz de Cateau Cambresis con Francia, en 1559, junto con Granvela, el duque de Alba y otros altos personajes de la Corte filipina.

¿Deben traerse al recuerdo, cuando se traza el perfil de un hombre de Estado, las cuestiones familiares? Guillermo de Orange casó diversas veces, bien conocida es la fragilidad de la vida de las esposas en aquellos tiempos, a causa de los peligrosos partos.

Como en el caso del propio Felipe II, Guillermo de Orange tuvo cuatro mujeres: la pri-



Margarita de Parma recibe en Bruselas una delegación de burgueses, 1566 (grabado del siglo XVI, Biblioteca Nacional, París)

Detalle del tapiz de Las batallas del Gran Duque de Alba *(Palacio de Liria, Madrid)*

mera, Ana de Egmont, falleció a los ocho años de los esponsales, dejándole dos hijos.

La segunda, Ana de Sajonia, una elección puramente política de Guillermo de Orange. Libre de tutelas superiores, buscó una alianza con los principales príncipes protestantes alemanes y se desposó con la hija de Mauricio de Sajonia —aquel célebre príncipe alemán que estuvo a punto de coger prisionero a Carlos V en Innsbruck, en 1552— y nieta de Felipe de Hesse. Cabe pensar que Guillermo de Orange, consciente de su próxima ruptura con España, necesitaba contar con tales apoyos.

En 1574 buscó la alianza francesa, divorciándose de Ana de Sajonia para desposar a Carlota de Borbón. Finalmente, al fallecer ésta en 1582, tomó por cuarta esposa a Luisa de Coligny, con lo que se aseguraba el apoyo del partido hugonote francés.

El soldado

Más que su pericia en el campo de batalla, donde se vio superado por otros capitanes —como el duque de Alba o Alejandro Farnesio—, admiramos en Guillermo de Orange su amplia visión de los acontecimientos, su tenaz defensa de unos ideales y su capacidad de superar las adversidades.

A pesar de las múltiples derrotas sufridas, nunca abandonó la lucha. Y, cuando las circunstancias lo requerían, tomó las medidas más extremas, como la de romper los diques, para anegar los campos donde maniobraban los tercios viejos; curiosa variante de la fórmula bélica de tierra quemada para hacer imposible la vida al invasor.

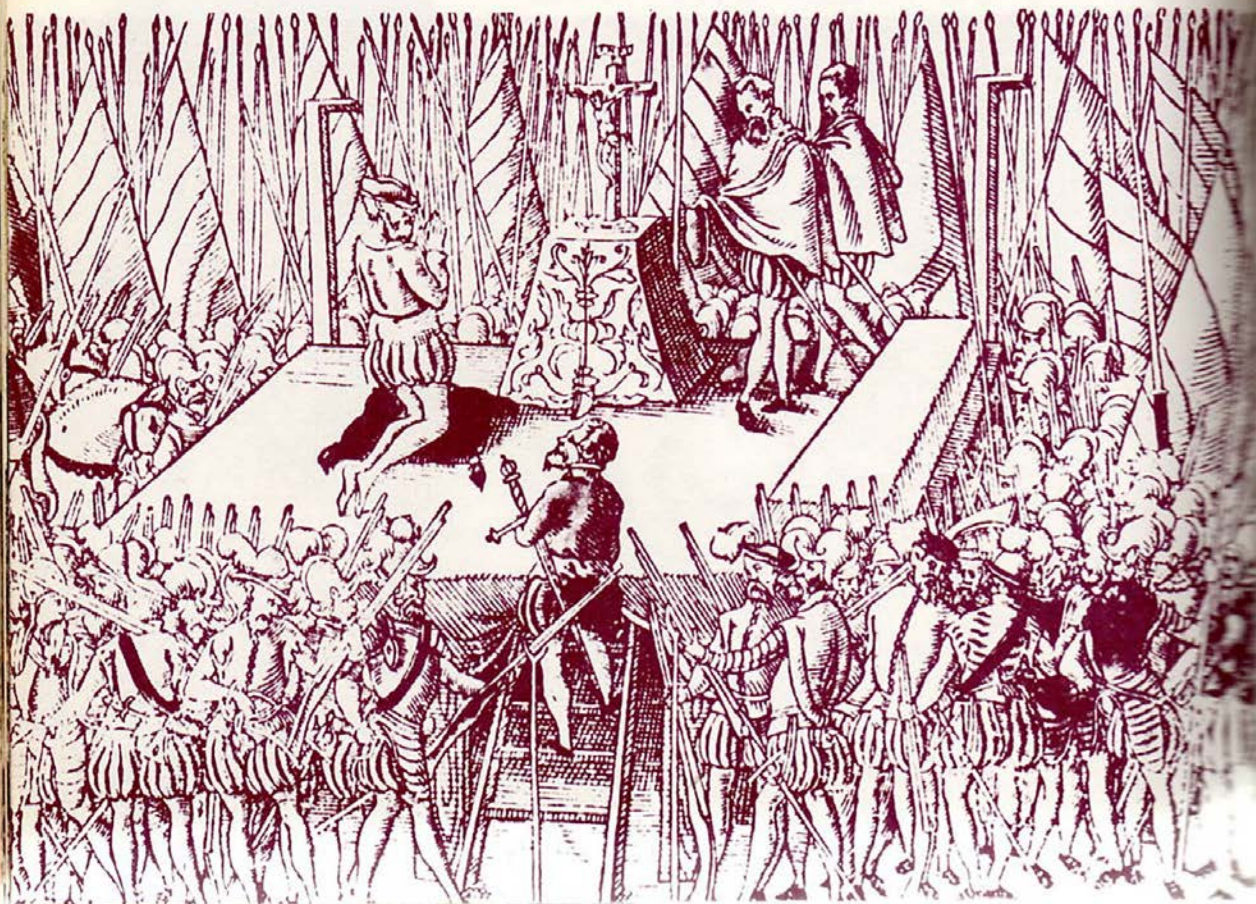
Cuando lo consideró inevitable, ante la fuerza del enemigo, no dudó en retirarse del campo de batalla, teniendo por mejor hacer posible una nueva campaña que arriesgarlo todo en una sola jornada.

Las campañas militares de Guillermo de Orange parecen presididas por el principio militar del desgaste del enemigo, sobre la base de que éste actuaba lejos de sus puntos de partida. Conociendo muy bien las aflicciones de la Hacienda hispana por costear los tercios viejos en el norte de Europa —los años aflictivos de Carlos V, de que nos habla Ramón Carande—, trató de explotar al máximo esa situación.

Frente a la guerra relámpago que precisaban los españoles —la *blitzkrieg* del siglo XVI—, como en las campañas imperiales de 1543 contra el ducado de Clèves, de 1544 contra Francia, de 1546 y 1547 contra la liga de Esmalcalda, Guillermo de Orange impuso otro ritmo más lento.

Ya que no podía jugar con

Ejecución de los Condes de Egmont y Horn, según un grabado del siglo XVI. Biblioteca Nacional de París





el espacio, lo hizo con el tiempo, yendo a la guerra larga de marchas y contramarchas, de defensas heroicas de plazas fuertes, que aguantaron en ocasiones campañas enteras, para hacer cierta ya en su tiempo la frase de cuán difícil era poner una pica en Flandes.

Así, cuando el duque de Alba llegó en 1567 a los Países Bajos con su temible ejército, cuyo nervio lo constituían los tercios viejos, Guillermo de Orange prefirió retirarse a sus dominios alemanes de Dillenburg, poniéndose a resguardo de la primera furia española, aun a costa de perder todos los cargos y prebendas que poseía en los Países Bajos.

Supo librarse de ese modo de la severa justicia del rey, de la que serían penosas muestras las ejecuciones de los condes de Egmont y de Horn en la plaza de Bruselas, el 5 de junio de 1568. Sin embargo, considerando que el hondo malestar producido por aquellas muertes daba pie para ello, reclutó tropas mercenarias en Alemania y penetró con ellas en su patria, esperando conseguir un alzamiento general contra Felipe II.

No fue así; es más, su hermano Luis de Nassau sufrió una severa derrota en Jemmingen, a manos del duque de Alba, acción en la que pereció su hermano más pequeño, Adolfo de Nassau.

A la caza del error

Lejos de desanimarse, Guillermo de Orange acometió personalmente la siguiente incursión en los Países Bajos, aunque sin mejores resultados. Era cuando el duque de Alba podía jactarse de que tenía todo aquel territorio bajo control.

Guillermo de Orange hubo de esperar a que el duque de Alba cometiese su primer error, que propiciase el alzamiento general del país: la imposición de la pesada carga de la alcabala, el impuesto castellano sobre las compraventas. Aun así, el reanudamiento de la lucha debió buscarlo por otra vía. Dada la fuerza militar del ejército del duque de Alba en tierra, había que buscar su punto débil en el mar, y ese sería el intento de Luis de Nassau, junto con los llamados *pordioseros del mar*, lanzados a una serie de acciones piráticas, muy crueles, pero con tales botines, que permitieron financiar sucesivas empresas.

La guerra alimentaba la guerra, y los *pordioseros del mar* encontraron amparo en los puertos ingleses, ante la complaciente mirada de Isabel de Inglaterra.

La batalla de Lepanto, en 1571, puso más prudencia en la reina inglesa, de forma que los *pordioseros del mar* tuvieron que buscar otro refugio. Es cuando logran la toma de Brill, y poco después de Flesinga, lo que iba a suponer el alzamiento de toda Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht y Frisia, territorios que reconocerían la autoridad de Guillermo de Orange.

Al fin, el alzamiento popular esperado por el rebelde, se había producido. Era el año 1572. Cinco años habían pasado desde que Guillermo de Orange se retirara a Dillenburg, dispuesto a enfrentarse con el poderío de Felipe II.

El recrudecimiento de la guerra no daría la victoria en los primeros encuentros a los orangistas. Luis de Nassau, que había penetrado por el sur ocupando Mons, hubo de rendirse al duque de Alba, sin que Guillermo de Orange fuera capaz de liberar a su hermano.

Poco después, Malinas, y otras ciudades que se habían alzado contra Felipe II, sufrieron los horrores del saqueo. La nota de que los acontecimientos iban a tomar un giro distinto la dio la ciudad de Haarlem, que en 1573 resistió largos meses los asaltos de las tropas españolas. A poco, Alkmaar se mostraba inexpugnable, los *pordioseros del mar* derrotaban a la flota real en Enckhuysen y Felipe II se veía obligado a reemplazar al duque de Alba por Luis de Requesens.

A partir de ese momento, la guerra se prolongaría, sin que los tercios viejos pudieran conseguir la victoria definitiva, aunque lograsen de cuando en cuando algunos éxitos parciales. Estaba en marcha el conflicto más largo de los

Retrato de don Luis de Requesens





tiempos modernos y contemporáneos, una guerra de ochenta años, que seguiría mucho más allá de la vida de Guillermo de Orange y de Felipe II, y que no terminaría hasta la paz de Westfalia, en 1648. Pero ya se podía comprender que el resultado final sería aquel marcado por uno de los principios elementales de la historia: que cuando un pueblo es capaz de sacrificarlo todo por su libertad, resulta siempre indomable.

Aún serían derrotados los orangistas por Sancho Dávila en Nimega, en 1574, y en Gemblours por Alejandro Farnesio, en 1578; pero en vano mandaría Felipe II a los Países Bajos a sus mejores soldados: don Juan de Austria como Alejandro Farnesio, Sancho Dávila como Mondragón o Valdés.

Guillermo de Orange supo oponer a todas las adversidades un formidable espíritu de resistencia; espíritu que quedaría simbolizado en la defensa de Leyden, para cuya salvación no dudó en acudir al supremo recurso de romper los diques alzados con tanto esfuerzo frente al mar, para inundar los campos, obligando a levantar el cerco a los tercios viejos españoles.

Admirable cosa fue, y digna de ser recordada, que cuando Leyden fue visitada por Guillermo de Orange, le pidiera como recompensa la fundación de un centro universitario. Estaba claro que un pueblo así resultaba invencible.

El estadista

Si del soldado Guillermo de Orange sólo podemos decir que su mejor virtud fue mantenerse en pie, pese a tantas derrotas, muchas más cosas pueden afirmarse de él como estadista. En ese terreno estuvo a la altura de los mejores hombres de Estado de su tiempo.

Su obra, el surgimiento de una nueva nación independiente, desgajándola de la monarquía católica de Felipe II, quedó bien afianzada a su muerte. Para lograrlo, Guillermo de Orange mantuvo relaciones con Isabel de Inglaterra, con los príncipes protestantes alemanes y con los hugonotes franceses.

En ocasiones, logró ayuda de la propia Corte parisina. En cierto momento consideró que la salvación podía venir del acatamiento de los Países Bajos al duque de Anjou, personaje que estuvo lejos de responder a sus esperanzas.

En un principio procuró mantener la ficción de que no luchaba contra el rey, sino contra el mal gobierno, y en esa línea lanzó su *justificación* de 1568; pero al ser proscrito por Felipe II en 1581, y su cabeza puesta a precio, respondió con su *Apología*, desligándose públicamente de la obediencia que hasta entonces había reconocido a Felipe II.

Para justificar tal actitud, dado que el alzamiento contra su señor natural era considerado ignominioso por la época, hubo de presentar a Felipe II como el personaje más malvado que se había conocido en la historia, dando así pie a la famosa leyenda negra filipina.

Se trató de una lucha de propaganda, para ganarse a la opinión pública europea, batalla ganada ampliamente por Guillermo de Orange. Y esa fue otra nota de sus condiciones de estadista.

No pocos compatriotas suyos se vieron defraudados ante sus retiradas militares o ante alguna de sus acciones políticas —en especial, cuando apoyó tan calurosamente la candidatura del duque de Anjou—. En ocasiones, sus tropas cometieron tantos excesos, tantos pillajes y tal cúmulo de atrocidades como los que se achacaban a los españoles.

Su *Apología* contiene tal suma de falsedades, que conturbó incluso a no pocos adeptos y familiares suyos, como al mismo Juan de Nassau. Pero, tomado todo en su conjunto, su labor de estadista fue tan tenaz, su espíritu de resistencia tan indomable, su entrega a la causa de la libertad de su patria tan radical, que cuando se retiró a Delft en 1583 pudo aceptar, como un hecho que respondía a la realidad de las circunstancias, el título de conde hereditario de Holanda y Zelanda, núcleo de la nueva patria que con tanto tesón había ido alzando.

Precisamente, sería en su refugio de Delft donde hallaría la muerte, víctima del atentado que contra él cometió un borgoñón, Baltasar Gérard.

Era el 10 de julio de 1584. Y no es una frase meramente retórica añadir ahora que las Provincias Unidas lloraron su muerte como la del padre de la patria.

En eso estribó su grandeza. La guerra con España estaba muy lejos de terminar, pero era una realidad que una nueva nación, en paz o en guerra, formaba ya parte de la historia de Europa.

En eso, repito, estribó su grandeza, porque cuando se analizan los requisitos que precisan los movimientos revolucionarios para triunfar, y en qué medida se hallaban en los Países Bajos hacia 1559 (año en que Felipe II abandona aquellas tierras, para encerrarse en Castilla), se echa de ver lo que tuvo que esforzarse Guillermo de Orange para ver cumplida su ambición.

De los dos factores sociales primordiales en aquellos tiempos (nobleza y ciudades), vemos a la nobleza en parte mediatizada por la acción anterior de Carlos V, con su captación al servicio de la Casa de Austria; por otra parte, tampoco puede afirmarse que la nobleza formase entonces un cuerpo homogéneo.

Había notorias diferencias entre la alta y la baja nobleza. También se apreciaban diferencias y rivalidades entre los burgos: ciudades comerciales y marítimas, como Amberes y Amsterdam; ciudades fabriles, donde los gremios mantenían su pujanza, como Gante o Brujas; ciudades cortesanas, como Bruselas y Malinas;



Detalle de Diversión sobre el hielo junto a Utrecht, *por Hendrick Avercamp (col. particular, Amsterdam)*

ciudades episcopales, como Lieja, o universitarias, como Lovaina.

Estaba el hecho, además, de la inoperancia política de los Estados Generales, aún muy lejos de constituir un verdadero poder político que aglutinase a las ciudades, al modo como el Parlamento, en Inglaterra, o las Cortes en la Corona de Castilla.

Y habría que tener en cuenta otros requisitos: el nacionalista, el ideológico y el religioso.

Si hemos de creer a J. W. Smit, en su importante ensayo sobre la revolución de los Países Bajos —importante, pero en ocasiones farragoso (*), el sentimiento nacionalista era todavía muy impreciso. No se había convertido aún en la expresión de un conjunto de ideas comunes a un pueblo o —como diría Ortega— en un proyecto colectivo que aunase las diversas fuerzas de los Países Bajos.

En cuanto a lo ideológico, si entendemos por tal la aspiración a la libertad, la veían de muy distinto modo los nobles y los comerciantes, las ciudades y los campesinos. Y por lo que hace al factor religioso, sin duda el más fuerte en aquella Europa conmocionada por las doctrinas de Lutero y de Calvino —pero también por las consignas de los padres tridentinos—, los Países Bajos estaban profundamente divididos entre los que seguían y entre los que renegaban de la vieja religión; siendo un número insignificante los que, como Guillermo de Orange, aspiraban a la libertad de conciencia.

Es a la luz de esos condicionamientos como se puede medir la obra de Guillermo de Orange. Guillermo el Taciturno, o Guillermo el Grave (pues creo que lo otro es una mala traducción), supo avivar el sentimiento nacionalista que apuntaba en su pueblo; eficazmente ayudado, eso es cierto, y bien a su pesar, por el duque de Alba y por los tercios viejos.

Aquel sentimiento nacionalista incipiente, se mostró unido a la hora de aborrecer al extranjero, que hollaba armado sus tierras y sus ciudades. El dicho de que las madres asustaban a sus pequeños, recalcitrantes al sueño, con la amenaza de que llegaba el duque de Alba, se transforma así en algo más que en una anécdota más o menos pintoresca.

Guillermo de Orange supo también aunar a la nobleza media y baja, dando su apoyo a los *pordioseros del mar*. Más difícil le resultó conciliar a católicos y calvinistas, teniendo que afianzarse finalmente en estos últimos, conforme lo permitía la misma coyuntura internacional. Este es un extremo que debe tenerse en cuenta; la revolución de los Países Bajos no fue sólo un

(*) J. W. Smit: «La revolución en los Países Bajos», *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.



conflicto interno de un Estado —en este caso, de la monarquía católica—, sino un episodio importante, dentro de la confrontación que a escala europea estaban llevando a cabo las fuerzas católicas y las reformadas.

Dado que Guillermo de Orange se había alzado contra Felipe II, sus aliados naturales eran Isabel de Inglaterra, los príncipes protestantes alemanes y los hugonotes franceses, y, por eso mismo, su base principal en los Países Bajos tenía que estar entre los adeptos a la reforma.

Donde demostró Guillermo de Orange su auténtica valía como hombre de Estado fue, a mi juicio, en su explotación de la coyuntura internacional, para hacer frente a la monarquía filipina, que entonces —y es algo que no debe olvidarse— constituía la potencia más poderosa de Europa.

En ese terreno, Guillermo de Orange supo hacer uso de la propaganda con tal éxito, que fue un adelantado para su tiempo. Con ello logró atraerse la opinión pública de la Europa nórdica, lo que no parecía fácil; en definitiva, era un rebelde contra su señor natural, cosa que los poderes constituidos miraban en todas partes con malos ojos, como un mal que pudiera propagarse. En ese sentido, como ya hemos indicado, su *Justificación* de 1568 y, sobre todo, su *Apología* de 1581 (debida ésta en realidad a la pluma de Pedro l'Oyseleur, señor de Villiers) resultaron decisivas.

Es cierto que Guillermo de Orange no fue capaz de alzar un verdadero ejército nacional al servicio de su revolución, pero sí comprendió la importancia de la incipiente marina de guerra que estaban creando los *pordioseros del mar*, sobre todo después de la captura de los puertos de Brill y Flesinga, en 1572.

Tampoco fue capaz de enfrentarse con acierto a los tercios viejos mandados por el duque de Alba o por Alejandro Farnesio; pero sí de liberar ciudades cercadas, como Leyden, por el procedimiento de la inundación de aquellas tierras *baxas*, al igual que otros generales habían acudido al sistema de la tierra quemada para impedir el avance del enemigo.

Se ha dicho, y con razón, que una potencia económica altamente desarrollada como los Países Bajos no podía estar dominada por un sistema como el de la monarquía católica, con su centro de poder radicado en una Castilla de grandes señoríos feudales.

En suma, con la revolución de los Países Bajos asistimos a una de las primeras revoluciones burguesas contra una sociedad feudal. Pero el hombre que aglutinó todas esas posibilidades fue Guillermo de Orange.

Cuando Alejandro Farnesio logró la Unión de Arras, que reuniría a las fuerzas meridionales católicas, Guillermo de Orange respondió con la *Unión de Utrecht*, de la que saldría la futura nacionalidad holandesa.

Está claro que muchas otras fuerzas coadyuvaron a su triunfo, sin perder de vista al propio clan familiar de los Nassau; en su misma *Apología*, recordó Guillermo de Orange que había perdido tres hermanos en la lucha por la liberación de su patria. Pero también es cierto que esas fuerzas y, por supuesto, el clan familiar, le miraban como a su jefe indiscutible.

Y también como al padre de la patria holandesa; fue el título que los habitantes de Delft le concedieron, cuando el 10 de julio de 1584 Baltasar Gérard consumó su magnicidio.

Españoles en Flandes

Por Antonio Domínguez Ortiz
De la Real Academia de la Historia

LA presencia de los españoles en Flandes (1) se asocia siempre a los horrores de la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648), una de las más largas y mortíferas que ha presenciado nuestro continente.

¿Fue especialmente cruel? Sobre este punto cabría emitir dudas.

Es evidente que episodios atroces, como la toma y saqueo de Amberes en 1576, tenían que producir rencores perdurables. Pero para que esos rencores hayan llegado con tanta fuerza hasta hoy, es precisa la intervención de otros factores, pues, de lo contrario, las atrocidades de la Guerra de los Treinta Años hubieran indispuesto para siempre unas contra otras a todas las naciones de Europa.

Yo creo que no hay que olvidar que para los flamencos, en especial para los holandeses, aquella guerra tuvo un carácter, por así decir, institucional.

Aquella guerra forjó a las Provincias Unidas como Estado nuevo, independiente. Y como la creación de un Estado siempre va acompañada de mitos, la de aquel nuevo Estado se unió para siempre jamás con la figura de un héroe, Guillermo de Orange, el Pelayo holandés; con su contrafigura o antihéroe, el duque de Alba; con sus tercios, protagonistas de la *furia española*, y con su soberano, Felipe II.

No sólo entre los holandeses, sino entre los belgas, anda muy esparcida la opinión de que la presencia española fue puramente militar. Nada menos que Henri Pirenne, uno de los mayores historiadores europeos, escribió que la única huella que habíamos dejado en aquellas tierras

es algún topónimo, como Charleroi, aserto que J. Lefèvre rechazó con toda razón.

Hubo hechos más importantes que el cambio de nombre impuesto por el gobernador general, duque de Castel Rodrigo, a la vieja comuna de Charnoy en honor a Carlos II, que acababa de suceder a Felipe IV en el trono de las Españas. Hubo contactos comerciales muy antiguos, hubo corrientes y vínculos intelectuales muy estrechos, y hubo (a ello aludiremos especialmente en estas páginas) contactos personales, de la naturaleza más íntima que puede darse, porque eran concernientes al amor y a la muerte.

Por supuesto, los contactos espirituales, y aquellos otros inspirados por el amor al lucro, no podían dejar de tejer también vínculos humanos: recordemos la amistad que se anudó entre Velázquez y Rubens, la correspondencia epistolar entre Quevedo y Justo Lipsio, la venida a España del célebre Jansen o Jansenio, obispo de Ypres, para contrarrestar las pretensiones que la Compañía de Jesús tenía en materia de enseñanza superior, la larga estancia de Arias Montano en Flandes, donde se impregnó de las doctrinas de la secta *familista;* su larga y fecunda actividad intelectual en aquellas tierras, cuyo fruto más depurado fue la publicación en Amberes de una versión mejorada de la Biblia Políglota que recibió el nombre de Biblia Regia por haber patrocinado Felipe II la edición (2).

Y, ya metidos en terreno editorial, habría que recordar que fueron miles los libros de autores españoles cuyas obras, en latín o en castellano, se publicaron en las prensas de Amsterdam y Amberes.

Tampoco podrían pasar sin dejar huellas personales de su paso por España los ingenieros y metalúrgicos, los profesores de matemáticas y otros representantes de la ciencia y de la técnica que llegaron a España en la época de los Austrias. Pero hacer este inventario requeriría un estudio especial, que aún no ha sido hecho.

Si de las artes y las ciencias pasamos al mundo de los negocios, encontramos también unas relaciones estrechísimas entre los Países Bajos y los reinos de España.

Bien conocida es la intensidad y la antigüedad de las relaciones entre los mercaderes de Burgos y de los puertos cantábricos con las plazas comerciales flamencas, sobre todo con Brujas, donde subsistió un consulado español hasta 1705, aunque ya la mayoría hubiera elegido Amberes.

En esta última ciudad vivían en 1560, es decir, pocos años antes de que estallaran los disturbios, 60 familias españolas, más 28 solteros (3). Presencia numéricamente escasa, pero de calidad, en su mayoría altos funcionarios o ricos mercaderes.

Era la contrapartida de la emigración comercial flamenca a España, sobre todo al Bajo Guadalquivir, atraída por el comercio americano y las altísimas ganancias que generaba (4).

Como la emigración mercantil de España a Flandes, la de Flandes a España no era voluminosa, pero sí de alto nivel, y se concretó en la formación de un grupo de grandes mercaderes; algunos obtuvieron títulos de Castilla o bien destacaron en el campo intelectual. Dos nombres vienen en seguida a la memoria: Nicolás Antonio, nuestro bibliófilo más prestigioso, y el sanluqueño Hugo de Omerique, el más famoso matemático español del siglo XVII.

Pero volvamos a nuestro objeto: ver si la presencia militar en aquellas tierras engendró algo más que odio y violencia.

Hay, por otro lado, un dato que contradice la opinión común: en las obras teatrales y novelísticas de autores españoles que colocan su escenario en Flandes, y que son relativamente numerosas, como ha mostrado en esta misma revista el profesor Vosters (5), el tema bélico siempre va acompañado de una intriga amorosa, lo que puede interpretarse como una exigencia del género y una prueba más de la desconfianza con que un historiador debe acoger los testimonios literarios.

Una minoría

Pero éstos, aunque exagerados o deformados, nunca fabulan sin una base real, y por eso, cuando están apoyados por documentos, son de valor inestimable, aunque sólo sea como testimonios de vivencias e ideales colectivos. Por-



Don Juan de Austria (grabado del siglo XVI, Biblioteca Nacional, París)

que es claro que, a diferencia de la poesía lírica, la dramática debe tener en cuenta los sentimientos de los espectadores.

Por eso, si en *Pobreza no es vileza*, Lope introduce a un caballero español que con riesgo de su vida salva a una dama flamenca del asalto de unos soldados y, en *El amante desleal*, José Camerino hace a don Fadrique héroe de una hazaña semejante, es evidente que no sólo querían animar el relato contraponiendo escenas de caballerosidad y virtud a otras de violencia guerrera, sino que contaban de antemano con la aquiescencia del espectador o lector.

Los escritores que han investigado a fondo los efectivos militares de la guerra de Flandes subrayan que los soldados españoles eran minoría. En el ejército del gan duque de Alba, 7.900 de un total de 54.000; en el de Alejandro Farnesio, 5.000 entre 35.000. Los demás eran alemanes, italianos, valones (nombre genérico de los nativos), etcétera.

Los españoles eran un núcleo reducido, aunque de extraordinaria capacidad militar. Agreguemos un número mucho más reducido de funcionarios civiles y tendremos la impresión de que la presencia humana en los Países Bajos fue muy escasa. Y así es verdad, aun teniendo en cuenta que aquel personal se renovaba con mucha rapidez, es decir, que si por término medio había 20.000 hombres, este número habría que multiplicarlo por un alto coeficiente para calcular la presencia española en Flandes hasta finales del siglo XVII (6).

Los españoles que iban a Flandes estaban impulsados por los motivos más diversos. Como en los emigrantes a Indias, se mezclaban en partes diversas el idealismo y los más bajos apetitos; la sed de gloria y el afán de ganancia y aventuras.

Si Cervantes llamó a las Indias *refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas... engaño común de muchos y remedio particular de pocos*, la novelista doña María de Zayas dijo de Flandes que era *refugio de delincuentes y seguro de desdichados.*

Poquísimos irían allá, con peligro inminente de perder la vida, sólo para defender la religión y la monarquía católica. Si acaso, encontraríamos hombres de ese temple en el clero castrense, cuando los jesuitas se hicieron cargo de aquella misión.

En general, los jesuitas fueron partidarios de la conservación de Flandes frente a la opinión contraria, manifestada en los escritos de los políticos y arbitristas, en las tertulias particulares y en las peticiones de las Cortes.

Nunca fueron populares las guerras de Flandes; sobraban voluntarios para ir a Italia, pero no para enrolarse con destino a aquellas tierras nórdicas tan distintas de las nuestras.

Allí iban los que tenían un motivo particular: bandoleros amnistiados con esa condición, como el famoso don Luis de Queralt; los que tenían una cuenta que saldar, como don Fernando Ramírez de Vargas, que quería vengar la muerte de su padre. Segundones de familias hidalgas que querían hacer una carrera militar, y, en general (este sería el motivo más corriente), individuos deseosos de jugarse el todo por el todo para obtener honores y dinero; pues si con la paga corriente, aún satisfecha con puntualidad



La ciudad de Arras (detalle del Civitates orbis terrarum, *siglo XVI)*



sólo podían hacerse algunos modestos ahorros, el apresamiento de un adversario de cuenta o el saqueo de una rica ciudad podía convertir de golpe a un simple soldado en una persona acaudalada.

En aquella trágica lotería no faltaron los que sacaron un premio grande, aunque con más frecuencia les tocó perder; perder la salud, perder un miembro, perder la vida.

Pocas veces eran conducidos directamente de España a Flandes; por lo común, eran entrenados en Italia y luego, tras una marcha a pie de mes y medio, llegaban a Flandes, formando aquellas cohortes bizarras que asombraron a Brantôme.

No existían uniformes y cada cual se vestía a su guisa, procurando extremar lo vistoso y marcial de su aspecto: colores variados, plumas, cascos y armaduras, a veces con incrustaciones de plata y oro.

Señores soldados

Después de meses de combate, aquellas soberbias unidades se transformaban en grupos de hombres agotados y andrajosos, pero siempre con un alto sentido de la estimación propia. Por eso, sus jefes se dirigían a ellos, no sólo con el legendario título de *señores soldados*, sino con otros aún más ceremoniosos: *ilustres señores, magníficos señores*. Y no exageraban, porque, según las listas, la mitad llevaban *don*, que entonces era título de nobleza.

Combatían a pie, pero muchos llevaban caballo y criados. Todo esto debe referirse al siglo XVI. En el siglo XVII el panorama varió mucho; se llevaron reclutas forzosos, menos heroicos y más disciplinados. Disminuyeron los motines y acabó la época legendaria.

Estas cualidades buenas y malas por fuerza tenían que impresionar a los flamencos... y a las flamencas. Lo dice Bances Candamo:

... En Flandes
son árbitros las madamas
del honor de los soldados,
siendo en iguales balanzas
bien visto en las asambleas
el que lo fue en las campañas (7).

Su nivel de cultura era elevado, como lo demuestra la notable cantidad de escritores que dio aquel reducido grupo de hombres (otra circunstancia que los empareja con los conquistadores de América): Bernardino de Escalante, Francisco Verdugo, Marcos de Isaba, Sancho de Londoño...

El estudio de los testamentos demuestra que eran mayoría los que sabían firmar, lo que contrasta con el mayoritario analfabetismo de la época.

Hubo soldados anónimos que trataron de preservar en los saqueos las riquezas bibliográficas de las ciudades. Al decir esto no pretendo excusar su brutalidad, sino explicar que por su nivel social y cultural podían, en ciertas circunstancias, ser admitidos en aquella sociedad civilizadísima, y esto se realizaría en bastantes casos por los cauces eternos de Venus y Cupido.

Matrimonios

Como todo ejército, aquél tenía que satisfacer unas necesidades sexuales. Sus jefes, incluso los tratadistas de arte militar, se ocupaban de satisfacer aquella necesidad para evitar mayores males y la calculaban en seis a ocho mujeres por cada cien hombres. Pero agregando a las prostitutas, las concubinas, esposas (algunas hubo que siguieron a sus maridos), vivanderas, etcétera, se llega a un número muy superior.

Trascendiendo estas uniones ocasionales, el contacto con la población favoreció la creación de vínculos más sólidos. Naturalmente, más que en la Holanda hostil podían anudarse en las provincias meridionales, católicas, aunque molestas con la carga de los alojamientos, que creaba situaciones tensas.

No siempre, sin embargo: *Los soldados también tenían contactos, más o menos aceptables, con las mujeres de fuera del tercio. Esencialmente, las esposas, hijas y hermanas de los huéspedes, a las que había que proteger. La atmósfera de los Países Bajos, bajo el gobierno de Alba, no se prestaba a ello. Con ayuda del tiempo, y por otras razones, se trabaron relaciones con las flamencas, a las que los españoles encontraban* con un modo de andar libre... muy blancas, rubias, hermosas y agradables (8).

Así se producían en medio de los horrores bélicos intermedios pacíficos, amables. *Si no es con damas y mujeres flamencas, executar el baile y danzar es cosa aborrecida en la guerra* (9).

El resultado lógico de estos contactos era el amor mutuo, como también eran lógicos los conflictos que de aquí nacían. En *Don Juan de Austria en Flandes*, Lope de Vega pinta un intransigente señor flamenco que no sólo reniega de su hija, sino que ordena venderla como esclava por haber tenido relaciones con un español; pero esto es sólo un indicio de la reserva con que hay que acoger los textos literarios.

De la desconfianza inicial se pasó gradualmente a una compenetración cada vez mayor. Muchos militares españoles aprendieron francés y, en contrapartida, algunas palabras españolas pasaron al valón (10). Muchos españoles se identificaron con el país, comprando tierras, tomando esposas, de tal suerte que en 1577 Escobedo escribía a Felipe II con motivo del regreso de los tercios a Italia: *La gente ha sido muy dificultoso y trabajoso sacarla por estar ya muy arraigada y llegarles el dolor de la salida a las entrañas* (11).

La frecuencia de los casamientos mixtos estaba en proporción directa con la categoría social



de los contrayentes. Era proporcionalmente mayor en los rangos elevados del Ejército y de la Administración real, porque tenían más voluntad de permanecer en el país que los simples soldados.

Veamos algunos ejemplos: los príncipes de Ligne enlazaron repetidamente con miembros de la aristocracia española: los Folch de Cardona, Ladrón de Guevara, Manrique de Lara... Lo mismo puede decirse de otra famosa familia flamenca, la de Croy, así como la de los T'Serclaes Tilly.

J. Lefèvre cita muchos otros casos: el señor de Droogenbosch casó con Teresa de Alvarado, Charles van de Berghe con doña Isabel de Oñate, el conde de Beaurieu con doña Ana de Velasco, etcétera.

Pero es en el mundo del Ejército donde encontramos mayor número de casos: *El uniforme de los oficiales españoles parece haber ejercido una seducción irresistible... El fenómeno lo encontramos, ante todo, entre los oficiales superiores, maestres de campo, gobernadores de las tres principales fortalezas del país: Gante, Cambrai y Amberes... Iñigo de Borja, gobernador militar de Amberes, casa con Helena de Boussu... Sancho Martínez de Leiva y Carlos Coloma, gobernadores militares de Cambrai, casaron con Margarita de Varick y María de Liedekerke, respectivamente.*

Descendiendo en la jerarquía militar, el fenómeno se amplifica y son centenares los oficiales y soldados españoles que aparecen en los registros parroquiales contrayendo nupcias con flamencas.

De los 54 españoles e italianos que hicieron alguna manda entre 1604 y 1606 en la que se mencionaba a la viuda, 18 mujeres eran españolas y 34 flamencas... De los 527 matrimonios de soldados españoles celebrados en la iglesia de la guarnición de Amberes entre 1625 y 1647, 216 de las desposadas tenían nombre español o italiano, pero muchas de las españolas habían nacido en los Países Bajos, y muchas de las flamencas tenían madres españolas.

Ventajas e inconvenientes

La Administración española no veía con buenos ojos estos matrimonios mixtos; le parecía que los soldados se aburguesaban y perdían combatividad. Además, la Real Hacienda resultaba perjudicada por el transporte de la mujer e hijos, las pensiones de viudedad y la obligación moral de colocar a los huérfanos para que no quedasen desamparados.

Por eso, un artículo de las Ordenanzas Militares dictadas por Carlos II disponía que sólo se autorizase el casamiento de una sexta parte del contingente militar. Pero estos casamientos mixtos también tenían ventajas, que un tratadista de la época, Román Montero de Espinosa, resumía así: Fomentan la unión de las dos naciones; se precave el mal de los retornos a España y de las deserciones; aumentan las facilidades de recluta, pues los hijos de soldados tendían a seguir la profesión del padre (12).

A partir de 1648, los españoles ya no hacían la guerra a los naturales, sino sólo a los franceses, y este factor psicológico influyó en la frecuencia de los matrimonios mixtos y en la progresiva *flamenquización* del Ejército.

Montero de Espinosa calculaba que la mitad de los llamados soldados españoles habían nacido en Flandes, y esta proporción seguiría aumentando. Puede decirse que los famosos y temidos tercios acabaron siendo fagocitados por el país en el que acampaban.

Si del ejército pasamos a la Administración civil y eclesiástica, encontramos también una numerosa presencia española. Vemos españoles ocupando altos puestos en los tribunales y consejos. Incluso vemos que se repite en Flandes la conocida vocación de los vascos por estos empleos burocráticos, como lo revelan apellidos de aquel origen: Arrazola, Oñate, Nicolaeta, Erquicia.

En el dominio eclesiástico, *el número de castellanos que ocuparon puestos en la Iglesia belga es impresionante* (Lefèvre). Y esos puestos fueron, con frecuencia, elevados; por ejemplo, los deanatos de las catedrales de Amberes, Brujas, Termonde, Anderlecht.

Otra modalidad de la compenetración española en Flandes fue la adquisición de tierras nobles, de feudos, por parte de altos funcionarios que se integraban de esa forma en la jerarquía nobiliaria de los Países Bajos. Así fue como, por citar un caso, el pagador general Tomás López de Ulla compró la jurisdicción de varios lugares y en 1646 la baronía de Rodas, elevada después a la categoría de condado.

Esta aristocracia española trasplantada a Flandes o surgida allí no terminó cuando el Tratado de Utrecht atribuyó a los soberanos austriacos los antiguos Países Bajos españoles; por el contrario, se amoldaron perfectamente al régimen austriaco, con el que tenían tantas concomitancias históricas y humanas.

Como es lógico, de estas numerosas uniones surgió una copiosa descendencia en la que predominaban los apellidos españoles, puesto que el español solía ser el padre. De aquí la sorpresa del investigador, del simple lector, al comprobar que un nombre conocido y enteramente español corresponde a un flamenco.

Nadie diría que Enrique Conde y Fernando de Rebolledo nacieron, el primero en Amberes y el segundo en Bruselas, hijo de sevillano. Ambos eran dominicos y figuraban entre los administradores nombrados por la colonia flamenca de Sevilla para cuidar de la capilla que tenían en el colegio de Santo Tomás.

Algunos de estos hispanoflamencos conquistaron notoriedad: Martín Antonio del Río, polígrafo jesuita, de familia cántabra, según Menéndez

Pelayo nació en Amberes en 1551 y murió en Lovaina en 1608. Tuvo en su tiempo reputación de gran sabio; hoy lo que nos asombra, más que su erudición, es su credulidad. Vivió en la época clásica de la caza de brujas y sus *Disquisiciones mágicas* (13) se convirtieron en el más completo y delirante tratado de Demonología.

En muy distinta esfera se movió otro famoso antuerpiense, don Rodrigo Calderón, de familia de mercaderes, quizá conversos, según sospecha Bataillon (14), lo que no le impidió ser caballero de Santiago, marqués de Siete Iglesias y omnipotente favorito de Lerma y Felipe III. Su carrera acabó, como es sabido, en un cadalso elevado en la Plaza Mayor de Madrid.

Al amor y a la vida sigue la muerte. Los españoles, que vivieron y amaron en Flandes, murieron también allí en gran número, unos en el campo de batalla, otros en pobre lecho o suntuosa mansión.

¿No ha sido Flandes sepultura honrada de españoles?, escribía fray Benito de Peñalosa. *Sepulcro de nuestras crismas*, la llamó Góngora en un romance de 1588. *Sepulcro de Europa*, Quevedo, en carta a Justo Lipsio de 1604. *España mi natura, Ytalia mi ventura, Flandes mi sepultura* fue proverbio que corrió por España y que tenía una parte, una gran parte de verdad, pero que no era toda la verdad.

Muchos volvían, unos sanos, otros estropeados, buscando acomodo en algún castillo o convento, formando corrillos, como el de las Gradas de San Felipe, en la madrileña Puerta del Sol, en los que se relataban hazañas, se evocaban recuerdos y también, según es fama, se soltaban infundios a granel.

Otros muchos, como hemos visto, quedaron en su país de adopción y murieron de muerte natural. La mayoría yacen en tumbas anónimas. De vez en cuando se descubre alguna de carácter más relevante.

Hace un par de años, el señor Haguette, conservador del museo de Grave, descubrió, bajo el altar mayor de la iglesia de esta ciudad, la tumba del capitán don Diego Dávila Calderón, que murió en 1594, siendo gobernador militar de aquella antigua fortaleza sobre el Mosa, en otros tiempos de considerable importancia estratégica. En la lápida mortuoria se grabó una octava biográfica y laudatoria en la que se le recuerda como *gran soldado de invidias tan perseguido.*

Hay aquí un campo que explorar, porque sabemos muy poco sobre la vida y la muerte de los españoles en Flandes. Los datos que anteceden se refieren, sobre todo, al Flandes católico y español. Sobre la presencia hispana en Holanda también habría mucho que decir.

Los que allí encontramos pertenecen a otras categorías: prisioneros, inconformistas, refugiados. Sefardíes que abandonaban la Península huyendo de la Inquisición y allí se dedicaron a actividades mercantiles y financieras; desertores; frailes que ahorcaban los hábitos...

Del grupo de sefardíes hispanos, presididos por la figura imponente de Benito Spinoza, sabemos bastantes cosas. De los otros grupos, nada o casi nada. Y valdría la pena ahondar en esta materia para disipar la opinión de que la presencia española en los Países Bajos se redujo a tiros y estocadas.

NOTAS

(1) Tomamos esta palabra en sentido amplio, como el conjunto de las provincias que pertenecieron a los Habsburgos y que hoy forman el Benelux, más las porciones conquistadas por Francia.

(2) El célebre impresor Plantina, editor de la Biblia Regia, obtuvo de Felipe II un monopolio de impresión de todos los breviarios y libros litúrgicos que se vendieran en España y sus Indias.

(3) Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers...*, según datos del archivo de Simón Ruiz.

(4) A falta de un trabajo de conjunto, pueden consultarse las obras de John Everaert, *De internationale en koloniale handel der vlaamse firma's to Cádiz*, Brujas, 1973; Eddy Stols, *La colonia flamenca de Sevilla y el comercio de los Países Bajos españoles* y los artículos del marqués de Saltillo sobre la nobleza andaluza de origen flamenco.

(5) «Las armas y las musas. Las guerras de Flandes en la literatura de la Edad de Oro», *HISTORIA 16*, número 76.

(6) Sobre el número de militares españoles en Flandes, véanse los apéndices C y D de G. Parker, *El Ejército de Flandes*.

(7) «Por su rey y por su dama». Cit. por M. Herrero, *Ideas de los españoles del siglo XVII*.

(8) Morel Fatio, *Espagnols et flamands*, 285 (París, 1895).

(9) Vázquez, cit. por G. Parker, *El Ejército de Flandes*, 226.

(10) Parker, obra citada, 219.

(11) Quatrefages, *Los tercios españoles*, 315.

(12) *Diálogos militares y políticos sobre las campañas y ejércitos de Flandes*, págs. 76-82 (Bruselas, 1654).

(13) *Disquisitionum magicarum libri sex*, Maguncia, 1593.

(14) *D. Rodrigo Calderón, Anversois*, Bull. Academie Royale de Belgique, 1959.

Bibliografía

Cazaux, Y., *Naissance des Pays Bas*, París, Albin Michel, 1983. Chudoba, B., *España y el Imperio*, Madrid, Rialp, 1963. Echevarría, M. A., *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*, Bilbao, 1984. Livet, G., *Les guerres de religión*, París, Presses Universitaires de France, 1983. Miskimin, H. A., *La economía europea en el Renacimiento tardío, 1460-1600*, Madrid, Cátedra, 1981. Mitre, E., y otros, *El ocaso de la hegemonía española*, Madrid, Edaf, 1982. Parker, G., *Felipe II*, Madrid, Alianza, 1984. Parker, G., *El ejército de Flandes y el Camino español*, Madrid, Alianza, 1985. Quatrefages, R., *Los tercios españoles*, Madrid, E.M.E., 1979. Stradling, R. A., *Europa y el declive de la estructura imperial española*, Madrid, Cátedra, 1983. Trevor-Astor, editor, *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983. Van Durme, M., *El cardenal Granvela, 1517-1586 (Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II)*, Barcelona, Teide, 1957. Wallerstein, I., *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Wegwood, C. V., *Guillermo el Taciturno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.